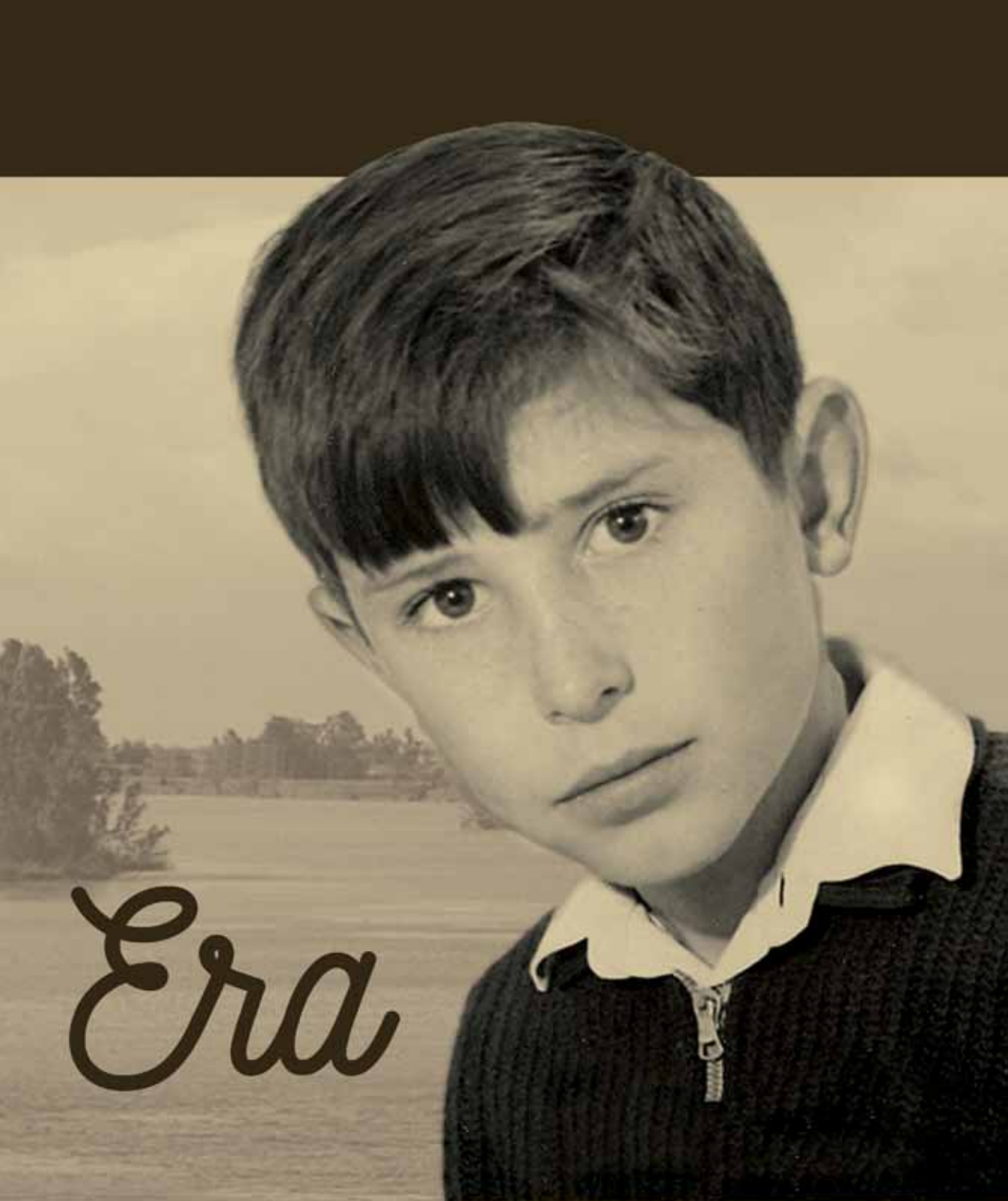




Antonio Castro

A mis hermanos
Victoriano, Juliana y Juanjo
como mísero diezmo

Era



Era

Antonio Castro

/FUNDACIÓN**CB**

Edita: Fundación CB - 2017
ISBN: 978-84-697-2262-6
Depósito legal: BA-114-2017

© De esta edición: Fundación CB
© Textos: Antonio Castro Sánchez
© Fotografías de: Antonio Castro Sánchez
Fotografía de página 17 cedida por Noelia Gómez Castro
Fotografía de página 32 cedida por Juliana Castro Sánchez
Fotografía de página 50 cedida por Miguel Berbel

Diseño y maquetación: linea4.eu
Imprime: Efezeta Artes Gráficas



*<<...el fugaz garabato de un vencejo
trazó su firma negra sobre los aleros de los tejados...>>*

(La noticia)



La noticia

Era la calle un juego
toda llena de sol
toda llena de voces
toda llena de risas
toda llena de pájaros.

A lo lejos, mi padre.

Cartero del silencio,
arrastraba la pena en sus zapatos.

Alcé los ojos.

Más allá de su frente,
el fugaz garabato de un vencejo
trazó su firma negra
sobre los aleros de los tejados.

Me levanté del suelo.

Amagó una sonrisa, me tendió
la mano. Ven, me dijo,
el abuelo ha muerto.

Yo, apenas siete años.



<<...Pero más poderoso que las risas,
más fuerte que los muros...>>

(La partida)



La partida

Era grande la casa.

Las risas habitaban los armarios
y en los lunares vasos de aluminio
el agua dormitaba siempre fresca.

El corazón abría
sus puertas sin temor cada mañana.

Mamá era un trajín
carnal y sudoroso
en el poblado andén de la cocina.

Papá, en la penumbra del salón,
apaciguaba el gesto,
inquisidor y heroico de victorioso cíclope
de una guerra innombrable,
con ronquidos mundanos.

Bulliciosa armonía
que detenía el tiempo en los estíos.

Pero más poderoso que las risas,
más fuerte que los muros

que guardaban la sal y la ternura,
llegaba despiadado
el silencio de todos los septiembres.

Un silencio dormido en las maletas
que voraz despertaba y que barría
las voces y las risas de todos los rincones.

El silencio traidor que vuestra marcha
dejaba prendido de las perchas
como la piel sin paz de las serpientes.

Aquel silencio de abandono triste
que permanece aún en mis recuerdos
doliéndome la infancia.





*<<...Sus palabras tenían
poder sobre la fiebre, sobre el dolor y el miedo...>>*

(La abuela)



La abuela

Sacaba las caricias de la lumbre
como trozos de sol y los guardaba
en aquellos bolsillos
donde cabía el mundo.

En aquellos bolsillos que el mandil
ocultaba como pozos secretos,
mágicos refugios donde sus manos
desoían tozudos la llamada
de la tierra, para luego ascender
como vuelo de tórtolas y darnos
la paz y la sonrisa con sus dedos.

Era tan diminuta,
de sencilla que era, tan humilde
que nombraba las cosas con los ojos.

Sus palabras tenían
poder sobre la fiebre, sobre el dolor y el miedo,
y los negros fantasmas de la casa
huían a su voz y a sus pisadas.

Se fue como una sombra
cuando la luz asciende lamiendo las esquinas,
silenciosa y callada
también como una sombra.



*<<...Los veranos entonces
lucían el color limpio del cuarzo...>>*

(Aquellos veranos)



Aquellos veranos

Nada parece ser
ya lo que era. La memoria y la vida
se fueron esculpiendo con rencor enemigo.

Los recuerdos son mares
repletos de naufragios
y, a veces, de los fondos profundos del ayer
nos acercan sus restos a la playa que somos
y las manos ingenuas
de los niños que fuimos
los rescatan del agua
como tesoros nuevos.

Los veranos entonces
lucían el color limpio del cuarzo,
el color sin barniz de nuestros ojos
mirando amanecer.

En aquellos veranos
la luz se detenía para dormir la siesta
y las risas lijaban el óxido del tedio.

Ahora los veranos
no llegan con la luz mineral de aquellos años.

Ahora los estíos se venden por catálogo
y las risas se ofertan en lotes caducables.

A menudo los días
se levantan cansados y soñar es tan triste
en un mundo tan gris
que dejarse llevar
es otra forma de seguir viviendo.

Pero tampoco es cierto
que todo esté perdido.

Porque aún los geranios
son balazos de paz en las fachadas
y los hijos que éramos
nuestros hijos se nombran
y se miran y ríen iguales a nosotros.

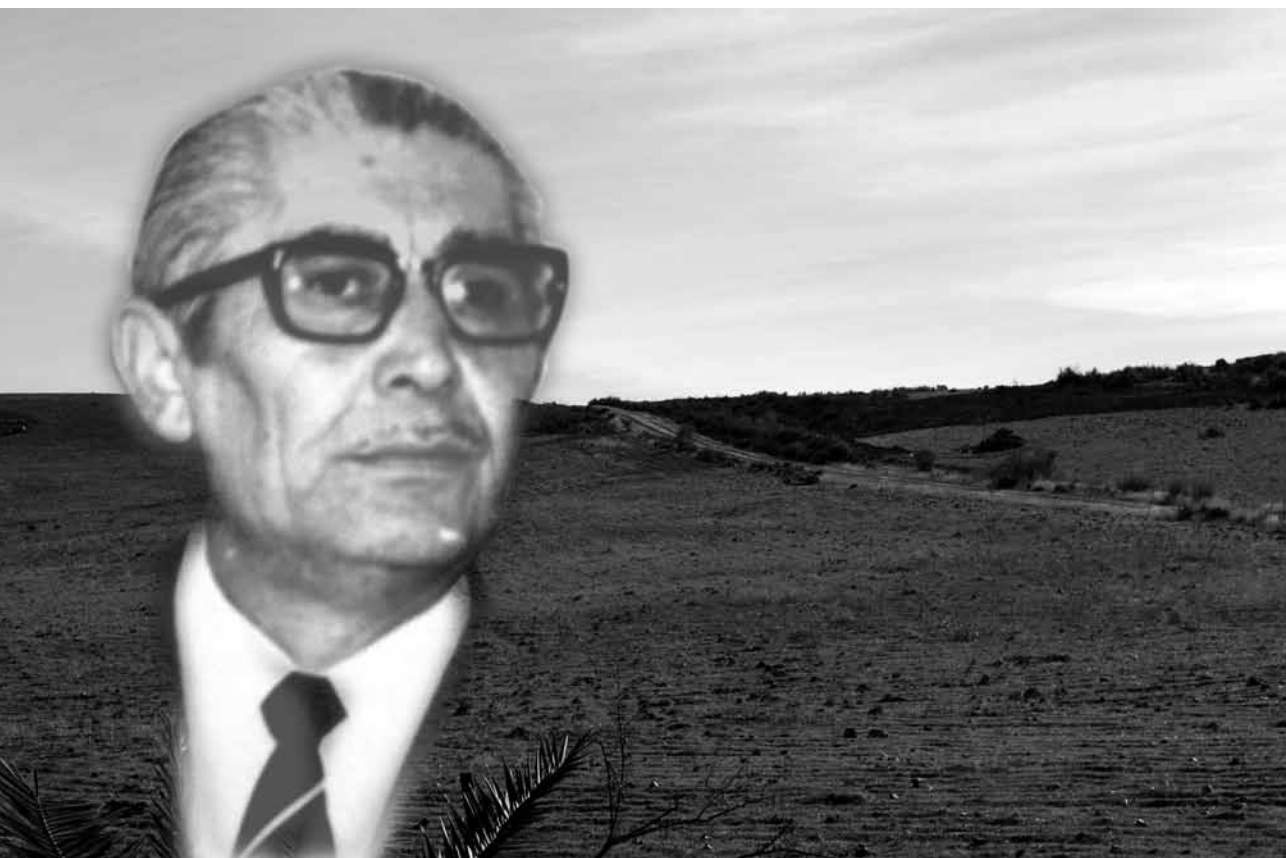
Y entonces el rapaz
que me roba los sueños frutales del pasado
se despierta y rebulle
y entre sus manos blancas a mis retinas lleva
de nuevo la luz de aquellos veranos.





<<...¡Cómo pueden doler tanto unos ojos
en el hollín infiel de la memoria!..>>

(Las palabras del padre)



Las palabras del padre

Era la voz del padre la que dijo:
cuando las cosas todas
no cobijen tu odio ni mi culpa
y las prisas no azoten
tu corazón de mimbre,
hombre serás y medirás el mundo
con el calibre gris de las traiciones.

Buscarás a tu dios entre todas las nubes,
entre todas las guerras.
Hallarás el amor y olvidarás su nombre.

Al final del azul me verás en tu rostro
y a la luz de las flores
que nazcan de tus huellas
destino encontrarás a mis palabras.

Le miré como tú miras ahora,
con el mismo desprecio,
con el mismo rencor,
con la misma inquietud,
sintiendo palpitar bajo los pies el clamor de la vida.

Me miró.

¡Cómo pueden doler tanto unos ojos
en el hollín infiel de la memoria!

Era yo de tu edad. Los mismos sueños
que de tu corazón hacen muralla
levantaban también su fortaleza
contra la voz del padre. Pero el tiempo...

¡Haces bien! No detengas
el inocente vuelo de tu risa
en la sombría cárcel de los miedos.

Ve. Camina. Disfruta del jugo de las mieses.
Descubre. Busca. Duda. Sé feliz.

No te duelas por las dulces manzanas
que rechazó tu boca.

Cuando los hielos lleguen
verás que tienes sol
brotando de tus pechos.

Harás entonces tuyas
las palabras del padre que son ahora mías.



<<...Las olas del ayer aquellos besos
me acercan a la playa donde habito:....>>

(Besos de azúcar)



Besos de azúcar

Me marché sin saber si me querías.
Pero debo decirte que los besos
de azúcar no se olvidan.

Amarte con diez años era un juego
difícil de jugar, y eso que yo
dominaba los bolis con destreza
y Tarzán, a mi lado, un aprendiz
ascendiendo a la copa de los árboles.

Nunca sabes qué guarda un escondite,
qué sorpresa de ojos y de manos
y de bocas que se ríen y se besan
muriendo de vergüenza y de alegría.

Nunca te dije que te amé.
Tampoco tú dijiste si me amabas.

Qué cosa más extraña son los años.
Se parecen al mar, lo borran todo
para luego dejar los esqueletos
de las naves que fuimos en la orilla.

Las olas del ayer aquellos besos
me acercan a la playa donde habito:
algodones de azúcar sin memoria
que mi lengua de niño paladea
con placer olvidado de futuro.



<<...Enroscado como parda culebra
dormita el cinturón sobre la silla...>>

(El castigo)



El castigo

Era martes y junio.
Mediodía de sol y distracciones.

El tiempo no se mide
con el pulso de un pájaro.

Concierto de cucharas a las tres.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
sofoca nuestras risas y haz que venga
pronto nuestro hermano.

Un hachazo de sol
rasgando la penumbra del pasillo
se burla del silencio.

Enroscado como parda culebra
dormita el cinturón sobre la silla.

El futuro se labra con golpes de nudillos.
El perdón y el castigo tras la puerta.

Son las cuatro. Llamo. Gira la aldaba.
Mamá suspira.



<<...Los viejos contrafuertes
son los mismos rincones que me soñaron hombre...>>

(El cuento interminable)



El cuento interminable

En las noches del cuento interminable
habitaban mi pecho los murciélagos.

En las noches del cuento
era todo tan mágico que el tiempo detenía
su quehacer para sentarse al fresco
y mirar con nosotros las estrellas.

En las noches del cuento interminable
recobraban su poder las palabras
en los labios paternos.

Las dejaba caer en mis oídos
como trozos de cuarzo, como nieve,
como arboleda y viento, como sal
milagrosa de remotos desiertos.

El cuento nunca tuvo
final, y su principio
de manera confusa rememoro.
Pero en aquellas noches del cuento interminable
mi corazón jilguero,
audaz y tembloroso, fue feliz.

Todos los monstruos, los fantasmas,
las fieras más salvajes,
los bandidos, los héroes, las brujas y los duendes,
los peces y las aves, serpientes y dragones,
los mares y las selvas,
safaris, aventuras, viajes espaciales,
batallas y naufragios,
en las noches del cuento interminable
podían estar y suceder en los rincones
de la iglesia vecina,
territorio feraz para la mente
sin freno y sin barreras
del niño que perdí,
jamás recuperado, como se pierde un sueño.

Siguen dando los muros sombra de piedra y fe.
Los viejos contrafuertes
son los mismos rincones que me soñaron hombre.

Hoy retorno a ellos con la ilusión
verdecida por ver si entre los ecos
que su verdín custodia, de mi voz recupero
la pasión de vivir de aquellas noches
del cuento interminable.



<<...pero quiero pensar que aquellos días en que no cometí ninguna
falta en el traidor dictado...>>

(Días de escuela)



Días de escuela

Podía ser febrero. Nuestras bocas
eran locomotoras diminutas
camino de la escuela.

En las calles, las piedras relucían
como huevos lavados.

Trizábamos las luces que habitaban
el cielo de los charcos,
entre el barro y las risas de un futuro imperfecto.

Algunos olvidaban que eran pobres
jugando al apedreo. Las cabezas
sangran todas de forma parecida.
Tan sólo recordaban quiénes eran
mirando sus zapatos desollados,
como tristes lagartos debajo del pupitre.

El maestro tenía muchos años
y nombre de profeta.
Aprendimos con él y de su empeño
tenaz de abuelo resignado
aquello que los libros dejaban enseñarnos.

Pudiera ser abril. Las golondrinas
trenzaban madreselvas en el aire.

A veces coincidía
la voz del vendedor de los garbanzos tostaos
con el reparto de la leche en polvo
y había como música en el toque del Ángelus.

A veces, en los rostros
se notaba también la primavera
y el viento se afanaba
por arrastrar consigo los recuerdos.

Podría ser mentira,
pero quiero pensar que aquellos días
en que no cometí ninguna falta
en el traidor dictado
y adiviné la capital de Honduras;

los mismos días en que triunfé al repeón
y nos hicimos novios para siempre,
fui feliz
o al menos creí serlo.





*<<...y sentir que también de alguna forma
aquellos indefensos balidos eran tuyos...>>*

(El esquileo)



El esquileo

Un buen día, la música
mineral de las tijeras tomaba las calles
y un batallón de manos afiladas
iniciaba el hipnótico son del esquileo.

Eran aquellos dedos oficiando el milagro
de transformar en nubes
la humilde suciedad de los vellones.

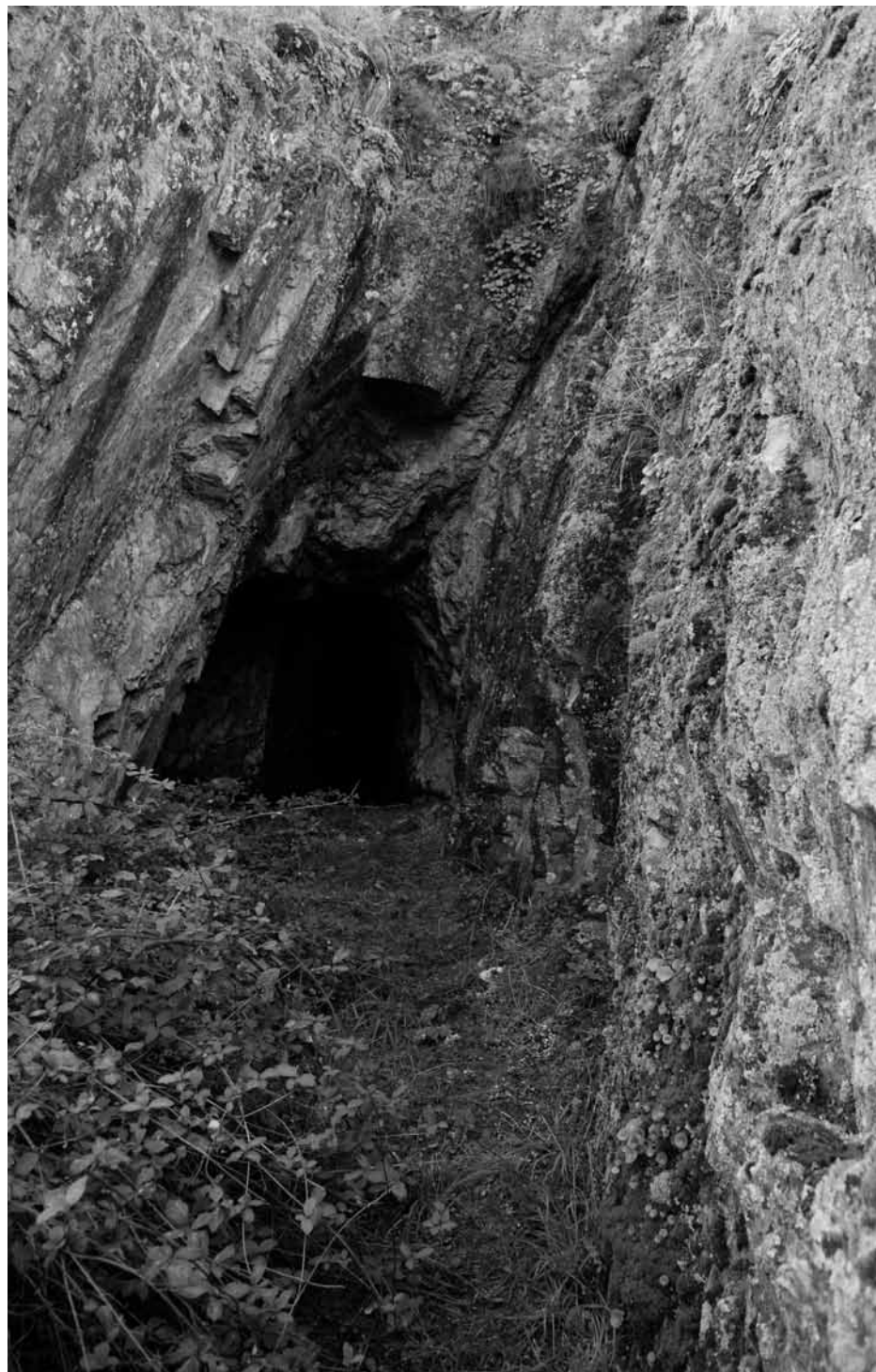
Pura magia domesticando el aire,
jubiloso trajín que convertía
en ágora los viejos corralones.

Era descubrir la vida
con ojos ovinos y las pezuñas atadas
y sentir que también de alguna forma
aquellos indefensos balidos eran tuyos
o quizás lo serían tal vez en el mañana.



<<...Eran días negros y traidores como los ojos
ciegos de los pozos y de las viboras...>>

(Muerte de un minero)



Muerte de un minero

A veces, el azul de las auroras
se dejaba morir y las mañanas
llegaban con la faz teñida en sangre.

Eran días de penas y guadañas
emboscadas, de tañidos con nombre
de varón y sollozos de mujer
sofocados a muerdos. Eran días
negros y traidores como los ojos
ciegos de los pozos y de las víboras.

Eran días de casulla morada,
de responsos cantados y saumerios
por si dios recordaba las blasfemias
arrojadas al cielo como clavos.

Era la voz sin rostro de la rabia,
la mano amiga enjugando lágrimas
(los mineros no lloran, ni sus hijos,
que la muerte no sepa de tu miedo).

Era un niño con el roquete blanco,
papagayo de rezos sin sentido.
Era yo mismo con la boca llena
de latines amargos.

Corderillo perplejo ante el dolor
y ante la vida abierta
de golpe en par como una llaga.





<<...Era la voz del templo
una voz sin origen, un eco de gargantas...>>

(La primera vez)



La primera vez

“Introibo ad altare Dei...”

Prendido del albar roquete de mi hermano.
Tres años. El sacerdote sonríe
camino del altar.

Arrodillada mamá en su reclinatorio,
suplicando perdón por aquellos pecados
que ni dios recordaba.

“Confiteor Deo omnipotenti...”

Era la voz del templo
una voz sin origen, un eco de gargantas
implorando piedad y profiriendo hosannas
al filo del crepúsculo.

El misterio del Verbo
con su doble sentido,
hecho flor de liturgia y de palabra.
“Domine, non sum dignus...”

Era un nido de asombro en la retina
quebrado por el bronce.

Era la emoción y también el miedo.
La primera vez con su eterna huella,
como eterno el tiempo en aquella hora.
“Ite, Missa est...”



<<...El perfil de las lindes que anduvimos entonces
tan difuso nos era como la historia misma...>>

(El apedreo)



El apedreo

¿Qué vereda separa
la violencia del juego?

El perfil de las lindes
que anduvimos entonces
tan difuso nos era
como la historia misma
y las propias fronteras,
recitadas a coro
sobre el anciano mapa
de sueños imperiales
y frescas cicatrices.

En aquellos recreos
de infancia recobrada
a golpe de silencio y de misales
cada cual defendía su parcela
con uñas y con dientes
robados a la vida.

El poder residía en nuestros brazos
y no cabían distintos mandamientos
que la mano y la piedra.
Los amigos lo eran
sin preguntar razones.
Lo eran porque sí, porque las calles
y los pupitres unen de forma natural,

a pesar del naufragio que los padres
por herencia nos daban:
ferralla de traiciones y de orinientos odios
envuelta en oropel de verbo y patria.

¡Qué venganzas ocultas ni puñetas de clases!
No existían motivos ni rencillas ni causas,
sólo la voz oscura de la tribu
a gritos convocándonos. Dos huestes
imberbes conjuradas
al salir de la escuela. Dos ejércitos
sin general ni orden
enfrentados a golpes de guijarros,
a peñascazo puro
sin concesión alguna,
llorando y maldiciendo
según fuesen las brechas o las risas
(que por igual dolían) sin piedad
del enemigo o de los propios camaradas.

Descalabraduras que la memoria
como trofeos guarda.

Y las mañanas tristes de los días sin alma,
cuando ponerse en pie
es logro de alpinistas,
su tacto de lombriz fosilizada
bajo el pasto de cinc que el peine doma,
te recuerda que sí, que tú estuviste
en aquellas batallas tan lúdicas y bárbaras
lanzando hacia el futuro
tus piedras como sueños.



<<...Qué pequeña la casa contemplada con los
ojos cansados del presente...>>

(Allí, donde los sueños)



Allí, donde los sueños

Que todo es relativo
lo empiezo a comprender ahora,
cuando dormir no significa
la derrota del sueño,
sino también la vida
que nos usura el tiempo cada noche.

La medida del mundo, de las cosas
en nada se parecen a la de aquellos días,
allí, donde los sueños
vestían de color las dimensiones.

Qué distintas las calles.
Qué pequeña la casa
contemplada con los ojos cansados
del presente. Qué vulgares los muros
de la vetusta iglesia sin la magia
que sus negros rincones custodiaban.

Qué diminuto el charco (que el mar fuera)
de mis torpes brazadas primerizas
aferrado a los brazos
firmes y traidores de mis hermanos.
Qué prosaico el camino

tan lleno de canciones. Qué triste el socavón
de las antiguas minas, tan misterioso entonces,
con sus profundos pozos,
ahora sin fantasmas, sin historias.

Los amigos no están o ya son otros.
Y los besos azules que me dieron
no volverán de aquellas primaveras.

Puede que sea el tiempo quien disponga
el orden inestable del pasado,
su confusa medida.

Y nada puedo hacer aunque quisiera.
Y nada aunque pudiera quiero hacer.
Porque todo es igual aunque distinto.
Porque la luz reside también en las aristas
de cada fría piedra,
en el verdín que mancha los tejados,
en las sencillas bardas
que en el ocaso daban cobijo a los pardales;
en el corral humilde donde la luna puso
su misterio a mis pies.
En la triste mudez de las campanas,
en el peñón redondo y en la escuela
donde soñé ser hombre.

Y más allá de todos los lugares
tangibles o soñados
que mi corazón vencejo a tornar

obligan. Más allá de la casa y de las calles
que custodian los miedos y las risas,
la luz habita dentro de vosotros,
os aflora feliz en las pupilas
al conjuro sin voz de la memoria.

Allí, donde los sueños
se guarecen del mundo y sus medidas.



*<<...Sé bien que aquellos años
son monedas que lanzamos al agua...>>*

(Era)



Era

No sé lo que me falta
por vivir, por amar, por conocer.

Pero sé lo que tengo, lo que fui,
lo que amé y todo lo que aprendí.

Sé bien que aquellos años
son monedas que lanzamos al agua
del futuro y que aún permanecen
refulgendo en el fondo
del río que soñamos,
y que solo la luna tiene magia
capaz de rescatarlas.

Recuerdo quiénes somos y de dónde venimos,
las raíces, la sangre, el lugar y la historia.

Atesoro rincones con los juegos,
los miedos y las risas.

Guardo cofres repletos de palabras
con vuestro amor en clave
escondidos en el mundo del ERA.

¡Qué extraña paradoja verbal pero tan física
este mundo pretérito y a la vez tan presente!
Un mundo donde sólo quien estuvo
comprende lo que duele su añoranza.

Las mañanas, lo soles,
las estrellas del ERA, tan cercanas
que tocaban la tierra.

El desierto del ERA,
con sus plumizas dunas de silencio
que formaban los vientos de septiembre.

Los bosques que crecían abonados de asombro,
el mundo por hacer de cada día
con su futuro tierno.

Cada vez menos cosas echo en falta
porque sé lo que tengo.

Reconozco el valor incalculable
de cada segundo recuperado
en el pecio sumergido en los mares del ERA.

Comparto con vosotros el botín,
feliz, sin avaricia.
Lo acrisolo en papel, os lo regalo

como mísero diezmo por todo el capital
que pusisteis en riesgo.

Mentiría si digo
que así queda saldada tanta deuda.
El tiempo no se compra,
el amor mucho menos.
A veces lo parece, pero no,
como la obscuridad es un intento
frustrado de la noche.

Yo sé bien lo que tengo.
A vosotros os tengo,
la infancia que me disteis,
el universo entero en un vocablo
y el pulso agradecido que me siembra
con luces del ayer
los ojos del mañana.





Índice

LA NOTICIA.....	9
LA PARTIDA.....	13
LA ABUELA.....	19
AQUELLOS VERANOS.....	23
LAS PALABRAS DEL PADRE.....	29
BESOS DE AZÚCAR.....	33
EL CASTIGO.....	37
EL CUENTO INTERMINABLE.....	41
DÍAS DE ESCUELA.....	45
EL ESQUILEO.....	51
MUERTE DE UN MINERO.....	55
LA PRIMERA VEZ.....	61
EL APEDREO.....	65
ALLÍ, DONDE LOS SUEÑOS.....	69
ERA.....	75



|FUNDACIŌN**CB**